

BIBLIOGRAFIA (1)

OBRAS DE AUTORES NACIONALES

Ismael Portal. — Del Pasado Limeño. — Lima. 1932.

Don Ismael Portal ha publicado el duodécimo y—a nuestro parecer—más sabroso y mazamorrero libro de su considerable producción limeñista. Es una compilación de sus artículos salidos en "El Comercio" bajo el mismo epígrafe con que intitula el delicioso volumen: "Del Pasado Limeño".

El libro, impreso en los talleres Gil S. A., tiene una presentación impecable. Consta de 218 páginas, 22 x 16 cm., de fino papel satinado que realza las cincuenta y seis nítidas ilustraciones que lleva.

Ya en la primera página, encontramos un detalle muy simpático y que vale por toda una evocación. Don Ismael ha reproducido allí un retrato suyo de 1868 y el facsimile de los inciertos y poco perfilados caracteres con que por aquel bendito tiempo y, ya exdiscipulo de mama Lolo, firmaba sus primeros temas escolares. En el retrato aparece Ismael Portal como casi todos los niños de Lima que desde el 66 hasta el 70, cuando menos, posaron ante el fotógrafo Courret en su nuevo local de Mercaderes, en idéntica actitud y con semejantes vestidos: Muy seriecito, de pie sobre el taburete, que agranda su figura, la mano derecha cogiendo por la lustrosa visera de hule, el empenachado kepís, el brazo izquierdo reposado en la mesita de curvas y talladas patas—de las cuales solo vemos dos—cerca del cortinaje y del famoso jarrón, complementumto decorativo del común escenario, chaquetilla ribeteada con "chaleco pegado", cuello blanco y corbatia y anchos calzones que apenas dejan descubierto un trozo de media y los botines de elástico.... (El colegio de **mama Lolo**, que así llamaban familiarmente sus alumnos a doña Dolores Portocarrero, funcionaba en una casa de Comesebo; de allí se trasladó a Chaves de San Sebastián, en donde ya no sostuvo sección para varoncitos. Don Ismael Portal nos debe todavía, una crónica, de esas que él sabe pergeñar sobre local, maestras, compañeros, usos y costumbres del colegio de sus añoradas niñeces).

Huelga decir que no es facil tarea establecer prioridades de interés, amenidad y color limeño entre los capítulos de este libro pero hay algunos como los que se refieren a la auténtica cocina criolla (no a la hechizo de hay ¿verdad señor don Faus-

(1)—En esta sección se dará cuenta de las obras que se remitan a la Revista, ya sea por las Casas Editoras, ya por sus mismos autores.

to?) con sus santuarios: las picanterías y a las huertas y encerronas del Cercado con su cortejo de zanguarañas que son de lo mejor que se ha escrito sobre tales aspectos de nuestro pintoresco pretérito. Y cuidado que don Felipe Pardo el satírico limeño, don Ricardo Palma, abogado de

“Doña Justa Cornelia Vaca Ganosa

De Amador Toro Espada, primera esposa”

y don Abelardo Gamarra, nos han dejado descripciones y narraciones que son verdaderos trozos clásicos de literatura costumbrista limeña.

Sin embargo es necesario subrayar la frescura, emotividad y sencillez de las páginas sinceras y cariñosas que Portal dedica a la villa de San Pedro de Chorrillos, hoy transformada en ciudad de Olaya. ¡Cómo contrastan ellas con las acres—pero eruditas—que Juan de Arona, en su poco conocida obra “La Línea de Chorrillos” (Lima 1894) la endilga despiadadamente! Vengan a muestra estos versos:

CHORRILLOS

“Si hormigas hasta en la ropa

Y pulgas hasta en la sopa

Hallas en este lugar

¿Qué te puede ya extrañar

Que cuanto la vista topa

Sea todo un muladar?”

Otro aspecto interesante de la obra lo constituye su lenguaje que nos ha suministrado diversos vocablos peruanos no citados en los ya clásicos glosarios y diccionario de peruanismos.

La ilustración del volumen es no menor acierto. No ha podido encontrar el autor más digno acompañamiento de tan jugoso texto que las pícaras acuarelas de Pancho Fierro y los oleos detallistas de Rugendas y Brambila. Las leyendas de las ilustraciones están escritas con gracia y las completan inmejorablemente. Entre los grabados hay uno que viene a recordarnos que don Ismael no es, solamente, criollo de retórica sino que su criollismo es de fe y acción. Se nos presenta jinete en su caballo—tal vez “un soberbio castaño de término, crin larga y crespada, coposo el plumero de la cola y de mucho brio”—ensillado con todas la de ley, montura de cajón chapeada, salida del taller del rechoncho viejo López de la calle de Filipinas o del de su vecino y competidor Borda o, quizá, de las manos de los Chumpitazi, padre e hijo, pesados estribos de madera labrada y terno cajamarquino con bastantes piezas de plata. Demás está decir que don Ismael luce riquísimo poncho de vicuña, pañuelo claro anudado al cuello y sombrero alón de Jipijapa. Así, criollo entero, marchaba el cronista a la pampa, treinta y cuatro años atrás.

Dos Ismael Portal en este su libro, como en todas sus obras, se muestra decidido defensor de la fé y de la moral católicas. Si. Porque él, además de ser un **tradicionalista** que ha estudiado con cariño nuestro pasado, es un **tradicionalista** sano y moderado que a la vez que pugna arduosamente porque los principios religiosos y éticos

animadores de mejores épocas que la actual, la vivifiquen, censura los viejos abusos y prácticas que requieren inmediata extirpación por exigirlo así el verdadero progreso que no está reñido, desde luego, con la tradición.

Cuando se escriba la historia íntegra de Lima colonial y republicana como si se elevase una soberbia catedral las estatuas de su fachada que reciban los besos del sol serán obra de don Ricardo pero una de las puertas de bronce—lo central quizá—llevará indudablemente la imagen de don Ismael.....

Pedro Benvenuto Murrieta.

OBRAS DE AUTORES EXTRANJEROS

Oswald Spengler.—**El Hombre y la Técnica.**—Espasa Calpe S. A. Madrid. 1932.

Spengler, el renombrado historiador alemán, autor de la célebre "Decadencia de Occidente" estudia en esta obra las relaciones e interferencias entre la Técnica con la Historia y la Cultura y reitera sus augurios del inevitable declinar de la civilización occidental y de la cultura fáustica. Intentaremos resumir la tesis spengleriana sobre estos temas.

Para comprender la esencia de la Técnica, afirma Spengler, no debe partirse simplemente de la técnica maquinista y mucho menos de la engañosa idea de que la construcción de máquinas y herramientas sea su fin. No se trata en la Técnica de fabricación de cosas, sino de su manejo. Solo partiendo del alma puede descubrirse su significación. La Técnica es la táctica de la vida entera, es la forma íntima de manejarse frente a la lucha. Así existe la Técnica del león que acecha a una gacela, la técnica diplomática que no requieren ninguna herramienta.

El hombre es un animal de rapiña. Insurge pues el historiador teutón contra la concepción roussoniana, sobre la bondad del hombre primitivo. Tiene el hombre la misma táctica y técnica que aquéllos. El animal de rapiña es la forma suprema de la vida movediza. Significa el máximo de libertad y de responsabilidad y la necesidad urgente de afirmarse, luchando, venciendo y aniquilando. En contraste con el animal hervívoro que por su destino, nace para ser víctima, el de rapiña hace botín y presa; es destructor y ofensivo. Tienen ambos: el hervívoro y el rapaz acentuadas diferencias en la estructura de los sentidos y por ésto, en el modo de tener un mundo y una técnica. El primero tiene agudizados sobre todo los sentidos del oído y del olfato, preponderantemente defensivos; el de rapiña la vista. El ojo del rapaz puede proponerse una meta, fascinar. Su mirada conoce perspectivas, divisa lo lejano y el espacio. Conoce el horizonte, mide el campo de batalla. Un sentimiento infinito de poder y de superioridad brota de esa mirada larga y tranquila; el mundo es su presa y de éste hecho, cree Spengler, que en último término ha nacido la cultura humana.

Mientras el hervívoro anda en masas, en rebaño el rapaz es fuertemente individual. No tolera en su distrito a ninguno de sus iguales. De allí surge el concepto de propiedad, recinto donde se ejerce un poder ilimitado, logrando y manteniéndose victoriosamente, y que no solo es haber sino soberano disponer.

El hombre es un animal de rapiña magnífico, astuto, cruel, que enseñorea. Pero su técnica ofrece una mayor superioridad y pujanza que la del rapaz. La técnica del animal es la de especie; ni se acrecienta ni se aprende. Es invariable, impersonal, presentista, sin pasado ni futuro, carente de experiencia y de preocupaciones. La técnica humana es independiente, consciente, inventiva. El hombre es el creador de su táctica vital. Y la forma interior de esa creación es la Cultura.

Spengler se pregunta desde cuando existe ese animal de rapiña inventivo, cómo surgió el hombre? El hombre se ha hecho hombre para él, por la mano. No hay nada que pueda compararse con ese miembro palpador y activo. Al ojo del rapiña que domina teóricamente se agrega la mano que domina prácticamente. La mano y la herramienta surgieron conjuntamente; ambas son inseparables en el tiempo.

El hombre es el único que elige y prepara sus armas, liberándose así de la coacción de la especie. Su libertad, es pues libertad de elección. Al pensar de ojos, a la visión aguda e intelectual, añádesese el pensar de la mano. Del primero nace el pensamiento teórico, contemplativo, intuitivo, la meditación la sabiduría. Del segundo, el pensamiento práctico, activo, la astucia, la inteligencia. El ojo busca la causa y el efecto: la mano trabaja según los principios de medio y fin. Este es un hecho: el nexo entre causa y efecto una verdad. Así surgieron los muy distintos modos de pensar: los unos propios del hombre de verdades—científicos, filósofos, sacerdotes—que ponen su vida al servicio del espíritu; los otros, son hombres de hechos,—políticos, militares, comerciantes—y se ponen al servicio de una vida fuerte.

Con la mano, el arma y el pensamiento el hombre se inicia como creador. La actividad de la mano pensante recibe el nombre de acto. La capacidad y posibilidad del acto creador singular, frente al alma de la especie, forja el alma humana sumergida en el sentimiento de poderío, reconcentrada en la mano cerrada en puño, expresión imperativa e indicativa de una voluntad, alma mucho más doliente y melancólica que la de cualquier otro animal. ¡Y es el alma de un rebelde!

Y el hombre avanza cada vez más y comienza el arte—que resulta de todo manejo técnico—como contrapuesto al concepto de Naturaleza. El hombre ha arrebatado a ésta el privilegio creador y a cada nueva creación se aleja más de ella; tal es el proceso histórico y también la biografía de un rebelde.

Tiempos después verificase un segundo cambio y anúnciase un nuevo modo del sentir, del pensar y del proceder técnico. Antes los hombres vivían aislados, señeros. Ahora viven colectivamente, realizan sus actos en conjunto entre varios, lo que presupone como medio indispensable el idioma. El problema del lenguaje no es tanto de como sino cuando aparece en palabras. Su fin, claramente manifestado por su forma, no es la comprensión basada en el meditar, sino en un mutuo acuerdo por medio de la pregunta y de la respuesta. Hablar es ante todo dialogar. La finalidad primitiva del lenguaje es la ejecución de un acto, según lugar, tiempo, propósito y medios determinados: su base el "pensar de la mano".

La mano armada tuvo por consecuencia, la distinción entre la producción y el manejo del arma. Del mismo modo la empresa alentada por el lenguaje, origina una distinción entre el pensamiento y la mano, entre el trabajo de dirección y el de ejecución. Análogamente la Naturaleza produce hombres para el mando, ya que dirigir, y gobernar es una arte, una técnica difícil, que como cualquier otra supone una aptitud nativa—y hombres nacidos para obedecer, para el trabajo manual, diferencia que solo con la vida misma podrá eliminarse, desnivel de rango reconocida en los momentos sanos de la Historia y negada en los siglos de decadencia.

La organización es el hallarse en forma para empresas de cualquier índole. De la existencia orgánica se pasa a la organización; de los grupos naturales a los artificiales; de la horda a la tribu, a la clase, al Estado. La organización para empresas tiene por consecuencia la disimilitud entre el aspecto político y el económico de la vida. Se orientan los pueblos ya para el poder o para la riqueza; unos son pueblos que luchan contra la Naturaleza; son los agricultores. Otros contra los hombres: son los guerreros.

No es verdad que la técnica ahorre trabajo. Su esencia misma encierra la posibilidad y la necesidad de nuevas invenciones, de que cada deseo cumplido despierte otros mil y que cada triunfo sobre la Naturaleza estimule a mayores éxitos. El alma del hombre es insaciable. Tal es nuestra maldición, pero también la grandeza de nuestro destino. La paz, la felicidad, el goce son desconocidos para los ejemplares superiores.

Cuanto más fecundo es el trabajo de dirección tanto más se requieren brazos ejecutores. Por eso, los prisioneros de tribus enemigas no son ya sacrificados, sino explotados en su fuerza corporal. Tal es el origen de la esclavitud.

Frente a la aldea de los periodos anteriores aparece la ciudad, con su vida antinatural y artificial que absorbe y consume a la campiña. Nace la sociedad con su jerarquía forzada—nobleza, sacerdocio, burguesía,—frente a la jerarquía natural—fuertes y débiles—y en las que domina el lujo y la riqueza fastuosa e insolente.

Los procedimientos técnicos que ahora se desarrollan son también puro lujo espiritual y representan el triunfo de la Técnica sobre difíciles problemas. Se precisa una profunda contradicción entre una espiritualización y una mecanización crecientes, lo que origina una profunda disención del alma. No solo quiere el hombre extraer de la Naturaleza sus productos, sino que poniéndose en tensión extraordinaria, realiza trabajos de esclavo. Más que conocer lo trascendente, se quiere ahora aislar las fuerzas de la Naturaleza, la energía universal. La creencia en la Técnica deviene una religión; ella es eterna e imperecedera como Dios Padre; salva a la Humanidad como el Hijo; nos ilumina como el Espíritu Santo. Y su adorador es el filisteo moderno del progreso, desde La Mettrie hasta Lenin.

La Historia de toda gran cultura es una tragedia. Si en otrora el hombre se sublevó contra la naturaleza, ahora la máquina se subleva contra el hombre nórdico. El señor del mundo tórnase esclavo de la máquina. Ella nos constriñe en nuestra trayectoria, en nuestra vida.

Ya en Occidente comienzan a hartarse de la Técnica. Siéntese el atractivo de las formas vitales más sencillas y próximas a la Naturaleza. Cunde el odio a las grandes ciudades, se aspira sacudir el yugo de las actividades sin alma, a eludir la

esclavitud de la máquina. Comienza la fuga de los directores nativos, de los talentos creadores ante ella. Dentro de poco solo habrá disponibles inteligencias de segundo orden para la Técnica. Y el progreso de ésta solo fué posible por la falange numerosa de directores e inventores egregios con que contó. Una rebelión contra la misión de la técnica y de la máquina se inicia; asimismo las masas, las manos se sublevan contra los organizadores natos, contra los más capaces. Se aproxima una total subversión contra la máquina, contra la vida organizada, contra todos. Y es nuestro deber permanecer sin esperanza, sin optimismo, sin salvación ante la catástrofe que se avecina, en el puesto ya perdido.

Sintetizado así el pensamiento de esta obra, deberíamos concluir la presente nota bibliográfica, quizás ya excesivamente extensa. Pero queremos aventurar una breve observación. Rezuman todas las páginas del libro que comentamos un exagerado individualismo y un incontrolado pesimismo característicos en el autor, que en sus obras y ensayos no cesa continuamente de pronosticar el ocaso final y definitivo de la civilización en que vivimos y de la Cultura en que nos hemos formado. Resalta el contraste entre el Hombre Renacentista que vivió en los albores de la Historia Moderna, y que entró a ella pleno de confianza presuntuosa en sus fuerzas creadoras, que creyera ilimitadas, y el hombre contemporáneo—que encarna Spengler—que contempla solitario, incrédulo e internamente desgarrado el final de esa Edad, en esta hora crepuscular.

Es evidente que ante la exacerbación de los nacionalismos que lógicamente procliven hacia la guerra internacional, ante las injusticias del régimen capitalista que incitan a la guerra de clases y a la Revolución Social, ante la crisis económica en que nos debatimos, ante los avances de la propaganda e ideario comunistas, ante las rebeliones incesantes de los hombres masas, ante las posibles irrupciones de los nuevos bárbaros, cabe preguntarse con inquietud y con temor por el devenir del mundo. Evidentemente vivimos un momento trágico, nudista, una etapa de transición, el fin de la Historia Moderna y la iniciación de una nueva época, de una Nueva Edad Media (1), caracterizada por la descomposición de las viejas sociedades y el surgimiento de otra plenamente espiritual y religiosa.

Se ha dicho que toda revolución, que toda renovación comienza internamente antes de darse al exterior. Y las rebeldías, los azares, las crisis y la desorganización que contemplamos son síntomas evidentes de aquello. La lucha pues, se aproxima, y en ella ya no cabrán campos intermedios, ni actitudes indecisas ni neutralidad o indiferencia religiosa. El dilema es claro, preciso, imperativo: o Revolución Social o Revolución Espiritual, o Lenin o Cristo. Es ridículo querer combatir al comunismo con la ideología demoliberal, incompatible con una justicia social, como ha dicho nuestro Maestro, el Dr. Victor Andrés Belaunde o pretender oponerle la presente sociedad burguesa ferozmente egoísta, ya que nunca se puede restaurar lo que una revolución destruyó. Solo una idea grande y firme tiene probabilidades de triunfar sobre aquel

(1).—Esta idea y algunas otras que se expresan a continuación han sido tomadas del magnífico estudio de Nicolás Berdajeff: "Una Nueva Edad Media".

De allí que los que creen concluir con el Comunismo empleando fuerzas externas, formas materiales, no tienen probabilidades de triunfar.

El mundo se inclinará ineludiblemente hacia el Comunismo, si el Catolicismo, si sus elites y sus hombres no se dan clara cuenta de la misión que tiene en esta hora única. La Iglesia se encuentra en situación análoga a la época de Constantino y a la de la invasión bárbara: frente a la reconquista del mundo.

Fuera de un Renacimiento espiritual será imposible crear una sociedad y una Cultura nuevas y lozanas. Para que la vida se centre y normalice plenamente deben sus fines predominar sobre sus medios; subordinar lo económico y lo político a lo espiritual.

Tenemos pues los católicos un plan de egregias hazañas, de gigante arquitectura que cumplir. Debemos lanzarnos serenos, decididos, pertrechados a la obra, animados de fé, de júbilo, de esperanza. De allí que todo optimismo no sea cobardía como cree Spengler, sino más bien salvación.

José Pareja Paz Soldán
